

## EL VUELO DEL COLIBRÍ

*Domingo, cinco de diciembre de 1918*

El suelo, cubierto por una fina capa de escarcha, empezó a crujir bajo los suaves pasos de una famélica Marieke cuando salió hacia el pajar. Necesitaba más leña. Allí vio que le quedaban pocas reservas. Pronto tendría que adentrarse en el bosque y buscar madera por ella misma.

Sus zuecos rotos seguían empapados, pero era el único calzado que tenía. Casi sentía más frío al calzárselos que sin ellos puestos. Al caminar, el ardor que le producían los sabañones de los pies era insoportable. No tenía manera de mantenerlos secos y tibios. Marieke temía acercarlos al fuego porque el escozor que le producía el calor sobre ellos era tan intenso que había llegado a perder el conocimiento en varias ocasiones.

Un plumizo amanecer se iba deslizándose poco a poco sobre el paisaje, dejando a la vista las secuelas que la *Gran Guerra* había dejado en los campos de Flandes, Bélgica.

Pueblos y ciudades saqueadas.

Tierras dedicadas al cultivo de trigo y cebada inutilizables, con una paupérrima cosecha de cereal y escasez de semillas, además de haber robado las vidas de los hombres que una vez las habitaron y cultivaron. Aquellos campos, una vez fértiles y productivos, yacían ahora arrasados, horadados por las trincheras, cubiertos de barro e, incluso, de cadáveres olvidados tras feroces carnicerías. Para todos ellos ya no quedaban manos que los recogieran y les dieran cristiana sepultura. Tan solo alimañas o cuervos hambrientos, porque perros ya ni había, se acercaban a ellos a sacarles los ojos y las tripas para poder comer y saciarse.

La pequeña aldea de Kruishoutem, muy cerca de Gante, lo hacía envuelta bajo el manto espeso de una niebla que hacía ya varias jornadas no levantaba. Y allí, la que una vez fuera la próspera granja de Johan y Marieke aparecía ahora desnuda y gélida al alba. Lo que durante tantos años habían construido juntos, la guerra se lo había destruido sin ningún miramiento.

Envuelta en esa quietud mortecina los contornos de la casa, establos, corrales y pajar se perfilaban a duras penas. Pero, de cerca, la devastación de las estructuras de madera era absoluta. Aquella que una vez se erguía, orgullosa de su resistencia aparecía ahora destrozada, ultrajada y humillada.

Aquellas paredes que una vez estuvieron llenas de vida, de amor, de ruido, de calor y de alegría habían enmudecido cual testigos de tanta aniquilación, muerte y exterminio.

Ahora solo rezumaban humedad porque el frío y el moho eran sus únicos habitantes. Lo llenaban todo. Aliados silenciosos que se aferraban a cada rincón agrietado, a cada colchón frío, a cada cortina raída, a cada silla coja, a cada mesa vacía y a cada puerta desvencijada. A todo aquello que había quedado huérfano de dueño.

Gotas de agua resbalaban por los tejados y golpeaban el suelo al caer, como lágrimas silenciosas ante tanta desgracia, como un recordatorio constante de la lucha que había sembrado el caos y la tragedia entre lo que antaño fue el tranquilo día a día de familias y vecinos dedicados al labrantío del cereal.

Como un *réquiem* por las almas de aquellos hombres que nunca más volverían a casa dejando atrás viudas, madres y huérfanos.

Como un duelo por sus seres queridos.

Como un cortejo eterno por aquellos de los que nunca se podría recuperar sus cuerpos. La mayoría.

Las ramas desnudas de los árboles frutales se presentaban como vecinos taciturnos de la vida que una vez floreció en aquel vergel. Ramas que se alzaban entre aquella envoltura nívea que se resistía a desaparecer, creando así una estampa melancólica que, en aquellas tierras tan bajas y planas, se extendía infinita hasta el horizonte.

Los establos y los corrales, una vez escenarios de vida y crianza, eran ahora escenarios de muerte y canibalismo para sobrevivir. Parecía que los animales supieran que aquellos que una vez los alimentaron ya no volverían más. Incluso que fueran conscientes de las batallas y de las contiendas que se habían librado.

Sonidos distantes de algún animal de los pocos que aún había revelaban un atisbo de vida que continuaba a pesar de la desolación y el saqueo.

Marieke volvió con la leña y la puso al lado de la chimenea de la cocina. Avivó un poco el fuego, pero evitando que hubiera llamarada. Lo importante era mantenerlo encendido con el menor consumo de leña. Y, sobre todo, que no se apagara.

Se le clavaron algunas astillas en ambas manos. Al intentar sacárselas, ampollas y llagas empezaron a sangrar. No había día en el que no lo hicieran.

Con los ojos nublados y un nudo en la garganta que le cortaba hasta la respiración, aquella viuda y huérfila de dos hijos luchaba por sobrevivir cada día en este desalmado mundo que se lo había arrebatado todo. Pero ella, haciendo de tripas corazón, bregaba contra la desesperación, la rabia y el llanto constante en que se había convertido su existencia.

Aquella mañana de principios de diciembre el olor a tierra húmeda se mezclaba con la fragancia de la leña ardiendo en la chimenea de la cocina. Lumbre que únicamente se utilizaba para caldear la estancia porque hacía semanas que Marieke no comía caliente.

Sobre la mesa, algunas verduras de invierno: cebollas, puerros, remolacha; un trozo de pan de cebada añejo y ya algo rancio; medio queso curado de vaca del que cada bocado era lo más preciado.

Con esto se alimentaría Marieke durante una semana.

La escasez de alimentos le afectaba no solo a ella, sino también a la comunidad. La exigua presencia de faisanes, pavos, pollos, carne de cerdo y de vaca en los mercados locales estaba muy codiciada, pero era solo para los pocos que podían permitírselo.

Las campanas de la iglesia de *Sint Agatha* empezaron a repicar.

Eran las 9:30. Misa de domingo.

Cinco de diciembre de 1918. Víspera de *Sinterklaas* (San Nicolás).

*MATEO 6:25-33*

*«Por lo tanto os digo: No andéis preocupados pensando qué vais a comer o qué vais a beber para poder vivir; o con qué ropa vais a cubrir vuestro cuerpo. ¿Es que no vale la vida más que la comida y el cuerpo más que la ropa? Mirad las aves que vuelan por el cielo: no siembran, ni cosechan, ni guardan en almacenes y, sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta.*

*¡Pues vosotros valéis mucho más que esas aves!*

*Por lo demás ¿quién de vosotros, por mucho que se preocupe, podrá añadir una sola hora a su vida? ¿y por qué preocuparos a causa de la ropa? Aprended de los lirios del campo y fijaos cómo crecen. No trabajan ni hilan y, sin embargo, os digo que ni siquiera el rey Salomón, con todo su esplendor, llegó a vestirse como uno de ellos.*

*Pues si Dios viste así a la hierba del campo que hoy está verde y mañana será quemada en el horno ¿no hará mucho más por vosotros? ¡Qué débil es vuestra fe!*

*Así pues, no os atormentéis diciendo: ‘¿Qué comeremos, qué beberemos o con qué nos vestiremos?’. Esas son las cosas que preocupan a los paganos; pero vuestro Padre celestial ya sabe que las necesitáis. Vosotros, antes que nada, buscad el reino de Dios y todo lo justo y bueno que hay en él y Dios os dará, además, todas esas cosas».*

E igual que Marieke se retrasaba al llegar a la iglesia, siempre salía la primera al terminar. Evitaba así tener que hablar con ninguna de sus vecinas. Ni siquiera sentía ganas de saludarlas.

Durante la misa, apoyada en la última columna, apenas levantaba la vista del suelo. No quería cantar. Tampoco rezar. Lo único que hacía era escuchar. Escuchaba y buscaba un consuelo que nunca hallaba.

Ese domingo, convencida ya de que nunca lo hallaría, irguió la cabeza y miró al cielo a través de la enorme oscuridad que había en el techo. Se despedía para siempre de aquel Dios que, más que darle, a ella se lo había quitado todo.

Marieke acababa de decidir que nunca más volvería a pisar una iglesia.

De vuelta a casa, recordó lo diferentes que eran los domingos antes de la guerra. Vestidos todos ellos con sus mejores galas, Marieke, Johan y sus hijos llegaban siempre puntuales a la iglesia. Antes de misa, saludaban y charlaban brevemente con todo el mundo en la puerta. Ya tendrían más tiempo después, en el café *Onder de Toren* que había enfrente. Allí disfrutarían de varias cervezas con sus convecinos y se pondrían al corriente de cómo les iba la vida, los cultivos de cereal y los animales. Mientras tanto, todos los críos, los grandes y los más chicos jugarían un buen rato en la plaza intentando no mancharse la ropa de los domingos si no querían ganarse una buena reprimenda por parte de sus madres.

Imágenes de ella con Johan empezaron a revolotearle por la cabeza: de adolescentes, viéndose a escondidas de sus padres; las primeras veces amándose y descubriendo un mundo lleno de sensaciones nuevas; ya casados, su primera Nochebuena ayudando ella a preparar la cena y Johan con el resto de los hombres cantando en el comedor, pero, con cada cerveza, necesitando acercarse a Marieke para darle un sonoro beso antes de brindar; imaginando cómo serían los hijos que una vez tendrían; los inesperados roces y sensuales caricias vistiéndose y que, como cerillas, encendían siempre esa llama capaz de volverlos a desnudar para hacer el amor con una loca premura antes de ir a la iglesia; ayudando a parir a la primera vaca que pudieron comprar y ordeñando a las que vinieron después; ya embarazada, ayudando a Johan a vender queso, pan, huevos y pollos en el mercado de los lunes; siendo madre, recogiendo patatas, arando la tierra o cosechando...

Desde el primer día en la granja, todo lo habían hecho juntos. Todo.

Johan era el único hombre que ella «había conocido» en el sentido bíblico de la expresión. Y también la única persona que nunca se había mofado de su joroba. Aquella de la que sus vecinos, incluso sus padres y hermanos lo estuvieron haciendo durante años. Una infancia y juventud de continua burla y escarnio. Johan fue capaz de demostrarle a Marieke lo que significaba la palabra ‘amor’.

Johan no solo le enseñó a perdonar a los que la habían hecho sufrir, sino también a olvidar aquel sufrimiento. Y por completo. Además, supo cómo hacer que ella fuera consciente de su feminidad y de su genuino atractivo. Gracias a Johan, Marieke descubrió lo que significaba ‘ser mujer’.

Otra oleada de recuerdos la empezó a envolver, pero esta vez de sus hijos: cuando después de haber preparado los regalos la víspera de *Sinterklaas* (San Nicolás), Joris y Arnoets, aún niños pequeños, corrían escaleras abajo para ver quién de los dos llegaba más rápido a la chimenea de la cocina y descubría qué les había dejado el santo. Sus risas, sus saltitos, sus ojos tan brillantes. Inocencia en estado puro.

Felicidad a raudales. Imágenes tan vívidas, sonidos tan dulces, algarabías tan enrevesadas, vocecillas tan limpias, carcajadas tan sonoras...

Toda aquella riqueza de emociones gozosas que durante años se le fueron impregnando en su alma de mujer y de madre, ahora le mortificaban. Lo que antaño fue regocijo de cuerpo y de espíritu se había transformado en profunda amargura.

Marieke tuvo que tumbarse en el suelo nada más llegar.

Otra vez.

Boca arriba, con los ojos cerrados, dando rabiosos puñetazos y patadas contra el suelo. Hacía mucho que ya no le importaba el dolor crónico por tantas ampollas, llagas y sabañones que la reconcomía por dentro.

Marieke vociferaba y se desgañitaba, intentando así ahuyentar de sus entrañas la nostalgia de aquellos soplos de dicha, de aquella embriaguez de bienestar que una vez fue vivir.

Desconsolada, se rebelaba contra la vida.

Y a partir de aquel domingo, también lo hacía contra Dios.

Así estuvo largo rato hasta que, exhausta y afónica, se quedó dormida.

\*\*\*\*

Marieke había sabido del fallecimiento de su hijo menor, Arnoets, pocos días antes de cuando éste hubiera cumplido veinte años.

Apenas había pasado un mes cuando le llegó otra misiva comunicándole la muerte de su primogénito, Joris.

Poco tiempo después una tercera misiva le comunicó que Johan también había perdido la vida.

En menos de un año los había perdido a los tres.

A partir de entonces, la vida de Marieke se convirtió en un eterno duelo.

En una caída libre y sin paracaídas.

Consciente de que nunca más los tendría a su lado, se volvió loca. Su alma se rompió en añicos. No volvió a dormir sobre un colchón. Ni siquiera en su habitación. Ni tampoco dentro de su propia casa. Se negaba a hacerlo en lo que una vez fue su hogar.

Marieke estuvo largas semanas sin dejar de llorar. Horas eternas de sollozos, lamentos, gemidos roncós y suspiros infinitos. Instantes llenos de recuerdos, de imágenes, de nostalgia y de pena que le taladraban cada poro de la piel.

Noches en las que amanecía tumbada en el pajar y días enteros que se los pasaba encerrada en el establo. Esos eran los peores. Se revolvía en el lodo, entre orín y heces de vacas, entre la podredumbre de pollos descompuestos, entre la mayor de las miserias que nunca hubiera podido imaginar.

Y allí seguía exhortándole a Dios una explicación. Le pedía poder comprender por qué. Le imploraba respuestas, pero pasaba el tiempo y estas nunca llegaban.

¿Cómo había sido posible que los alemanes les hubieran invadido? ¿No se había declarado Bélgica neutral en esa maldita guerra?

¿Por qué tenía ella que perder marido e hijos?

¿Por qué ella debía sufrir tanto? ¿Acaso no había sido suficiente la pesadilla de infancia y juventud que tuvo que soportar? No obtuvo nunca amor, cariño, respeto ni comprensión por parte de padres ni hermanos.

¿Y por qué ahora, en la madurez, otra vez? ¿Por qué volvía a quedarse sola en este mundo?

¿Qué había hecho mal? ¿Quizás tanto tormento era un castigo divino?

De joven, una vez que escapó de su familia, consiguió encontrar el amor al lado de Johan y de sus hijos... ¿Por qué Dios se los arrebató? ¿Qué podía justificar las muertes de quienes la amaban?

¿No habían sido suficientes sus plegarias?

Marieke también le rogaba a Dios piedad y compasión ante la punzante tortura diaria que le suponía su propio calvario. Quería morir y abandonar este mundo para dejar de sufrir. Quería poder ir al lado de sus tres hombres. Desde niña le habían enseñado que Dios era benevolente y misericordioso. Por ello le pedía clemencia además de ponerse en su misma situación.

¿O acaso no habían matado también a su único hijo?

¿A Jesucristo?

***Lunes, seis de diciembre de 1918***

Marieke se desperezó aquella mañana del día de *Sinterklaas* (San Nicolás).

Era lunes. Tocaba mercado.

Mojada, fría, sucia y llena de porquería se acercó a lo que una vez fueron los pesebres de sus animales. Intentó asearse algo mejor que de costumbre. Después entró en casa y se cambió de ropa, pero no de calzado porque no tenía más. Sus húmedos y rotos zuecos la acompañaban siempre.

La niebla lo seguía envolviendo todo. Hasta que Marieke no estuvo la plaza de la iglesia no se podía ver nada a menos de un palmo. Una vez en el mercado, pudo ver los puestos de madera, gastados por el tiempo y el uso, alineados en dos míseras filas.

Testigos silenciosos de la escasez, exhibían apenas lo esencial: panes de centeno, queso y algunas aves vivas, además de las contadísimas piezas de carne de ave, de cerdo y de vaca.

Las verduras de invierno, aunque limitadas, eran una pequeña esperanza de frescura en medio de la austeridad: patatas, puerros, cebollas, nabos, remolachas y coles. De todo, sí, pero muy escaso. Aunque caro, se vendería antes del mediodía.

Se echaban de menos las voces serenas y graves de aquellos hombres y jóvenes que una vez fueron vecinos de Kruishoutem. La ausencia del bullicioso murmullo masculino que invitaba a las mujeres a acercarse a los puestos a ver la mercancía y comprar se palpaba en el ambiente. La falta de brazos y torsos fuertes capaces de arrastrar los carros, organizarlo todo en cada puesto y recogerlo al llegar mediodía para irse luego al café *Onder de Toren* a comer pan con queso y embutido junto con unas buenas cervezas celebrando así las ventas del día.

Pero hacía ya años que el café estaba en ruinas y los clientes oficialmente muertos o desaparecidos.

Las conversaciones eran susurradas y sin risas.

Los rostros llevaban las huellas de la tristeza y del dolor. A pesar de todo eso, las mujeres luchaban por sobrevivir. Intercambiaban historias y recuerdos de maridos, hermanos e hijos y se consolaban entre ellas.

Pero Marieke evitaba participar en ellas. Seguía rehuendo cualquier posible conversación. Escapaba de preguntas que le forzarían a dar respuestas que no sabía y que, aunque supiera, se negaba a aceptar.

No eran solamente las mujeres quienes vendían y compraban. Hombres mayores y adolescentes a los que no se llamó a filas también acudían al mercado con sus productos.

Con suerte, quienes aún tenían ahorros en casa podían pagar. Y si no, se recurría al trueque de mercancías. Entre ellas también se contaba el propio cuerpo. Era un secreto a voces que detrás de cada puesto, entre cajas y carretas se satisfacían cuentas con rapidez. Ahogando roncosp suspiros, tragándose las lágrimas, gimiendo de dolor que no de placer... las más bajas pasiones se aplacaban. Dar o recibir fluidos corporales a cambio de alimentos. Supervivencia.

De camino a casa, a Marieke le llamó la atención un nuevo puesto que estaba fuera de la plaza de la iglesia y un tanto aislado. Un hombre se calentaba las manos sobre una fogata al lado de una carpa de cuero adornada por la vivacidad de un sinfín de plumajes coloridos.

El contraste con los puestos de madera del mercado, mucho más precarios y deteriorados era más que evidente.

Bajo aquel tenderete había multitud de jaulas. Todas, meticulosamente talladas a mano, colgaban de una gruesa cuerda en un balanceo sutil. Cada una era una auténtica obra de arte, un recordatorio de que, incluso en tiempos difíciles, se podía luchar por intentar dar algo de esplendor y brillo a la vida.

Una profusión de pájaros ofrecía una sinfonía de colores y gorjeos. Trinos melodiosos resonaban en el aire, ecos frágiles pero resistentes a las penurias y estrecheces del momento.

De entre todos ellos, Marieke se fijó en un pajarillo verde. A pesar de ser el más pequeño, su jaula era la más grande. Sus plumillas esmeralda brillaban con la intensidad de una gema rara capaz de capturar la escasa luz solar bajo la compacta niebla de ese lunes.

Empezó a revolotear de manera casi irreal. Su vuelo era hacia atrás, hacia adelante y al revés. El sonido que emanaba el batir rápido de sus alas era un zumbido suave y melódico. Sus alas, diáfanas y veloces como ráfagas de luz, cortaban el aire en un ballet de movimientos rápidos y precisos. Cada aleteo era una explosión de alegría y vida que contrastaba con aquella mañana tan sombría.

Marieke se acercó y se plantó delante de su jaula absorta por tanta dulzura.

Hipnotizada, cerró los ojos y estuvo escuchando. El pequeño pajarillo verde se erigía como un bálsamo para su alma marchita por tanta desgracia. Aquella melodía sonaba como la más bella composición que sus oídos hubieran escuchado nunca. Las vibraciones de aquel canto tejían un tapiz sonoro que acariciaba su corazón con una suavidad inusitada.

Aquellos instantes se estaban convirtiendo en un refugio donde el hambre, el frío y la desolación perdían momentáneamente su poder devastador. Todos sus dolorosos recuerdos, heridas y cicatrices desaparecieron.

En aquel plácido oasis su espíritu se elevó y Marieke olvidó que su mundo se le había desmoronado hacía ya tiempo.

En ese éxtasis estuvo largo rato.

Todavía con los ojos cerrados empezó a hablar en voz alta.

— En mi vida había oído un canto igual.

— ¿Le gusta? Es un colibrí.

— ¡Es un tarareo tan bello! Es una mezcla tan sutil de sonidos que sosiega el alma, hace olvidar las penas y mitiga el dolor de vivir en este mundo tan cruel.

— Pero... ¡si está llorando!

— Sí. De felicidad. Hacía mucho tiempo que no oía un canturreo tan sublime.

— La verdad es que son sus alas las que producen ese particular silbido. Los colibríes ni trinan ni pían ni gorjean porque no lo necesitan.

— ¿En serio? Me resulta entonces aún más increíble. Suenan como si fueran delicados instrumentos afinados a la perfección en una sinfonía celestial, la más hermosa que hubiera podido imaginar.

— Cierto. Tiene razón. Es un murmullo armonioso que recuerda al baile de hojas danzando al viento en una arboleda durante el estío. Es tan delicado que parece querer fusionarse con el susurro del viento. Incluso en un día tan oscuro y aciago como hoy ¿no le parece, Marieke?

Marieke abrió los ojos sobresaltada y dio unos pasos para atrás.

Los labios de aquel foráneo acababan de pronunciar su nombre.

— No tenga miedo, por favor. Comprendo que le pueda asustar que un desconocido le dirija la palabra, pero no se preocupe. Confíe en mí. Hace mucho que vive sola y aislada en su granja. No quiere hablar ni con sus vecinos. Y todo desde que supo que su marido

e hijos perdieron la vida en el frente. Además, ha decidido que ya no volverá a pisar una iglesia ¿verdad, Marieke?

¿Cómo era posible que aquel hombre supiera tantas cosas sobre ella y su familia?

Marieke no sabía qué pensar de él.

El pajarero empezó a avivar las brasas de su fogata. Aún daban calor, pero hacía falta azuzarlas. Colocó leña, sacó unos fósforos y encendió algunas ramitas que puso encima.

Enseguida empezó la llamarada. Y bien viva.

Hacía mucho que Marieke no podía permitirse ese lujo.

Los dos estuvieron un largo rato en silencio y sin levantar la vista del fuego.

Hasta que el hombre sacó un hatillo de una bolsa de cuero que tenía a sus pies. Lo puso sobre una mesita y lo abrió con rapidez.

Dos faisanes aún emplumados, una hogaza de un pan blanco como hacía meses que Marieke no veía y una botella de vino. Eran las viandas más deliciosas que le estaban ofreciendo desde hacía mucho tiempo. El estómago de Marieke empezó a gruñirle al mismo tiempo que su boca a salivar.

— ¿Quién es usted? ¿De qué me conoce? ¿Cómo es que sabe mi nombre? ¿Por qué conoce a mi familia?

— Eso no importa ahora, Marieke. Lo que sí importa es que no ha comido nada desde anoche. Quédese aquí a cenar algo caliente. Pronto anochecerá. Después la acompañaré a casa y, si quiere, le llevo el colibrí y también algo de leña. Le ayudaré a preparar un buen fuego para que le caldee toda la casa hasta, por lo menos, el amanecer.

— Muy agradecida por su inesperada invitación, pero no tengo dinero para pagarle, señor. Ni el colibrí, ni la jaula ni la cena. Mi casa, bueno lo que queda de ella, resulta difícil de caldear. Y eso por no decir imposible.

Avergonzada, se tapó la cara con las dos manos y empezó a sollozar.

El pajarero se acercó y la abrazó con ternura.

— Marieke, no espero nada a cambio. A veces, en los momentos más oscuros, la luz puede venir de donde menos lo esperamos. Y hoy, en este día especial, quiero

ofrecerle un respiro, aunque sea breve, de las penas que carga. Permítame compartir esta cena con usted. Acepte también este colibrí. Recíbalos como un regalo por ser hoy San Nicolás. Y, además, de su parte.

Le habló con tal suavidad que se calmó al momento.

Marieke observaba a aquel forastero sin saber muy bien qué pensar de él mientras se secaba las lágrimas que no dejaban de resbalarle por las mejillas.

El hombre le cogió de los hombros y le miró a los ojos mientras le sonreía como hacía tiempo que nadie lo hacía. Entonces le ofreció un faisán y él empezó a desplumar el otro.

Marieke hizo lo mismo con el segundo faisán.

Después de meses de sufrimiento, de desconsuelo y de llanto, volvía a sonreír.

### *Martes, siete de diciembre de 1918*

Amanecía cuando la densa niebla de varios días daba paso a una neblina a través de la que el sol lograba filtrarse, iluminando gradualmente todo lo que tocaba con su tenue y fría luz de finales de otoño.

Un cielo teñido de bellos, a la vez que cetrinos tonos grises y malvas fue dando paso a uno despejado y azul. En esa claridad diáfana, los rayos del sol bruñían infinitos matices anaranjados y cobrizos que resplandecían sobre todo lo que iban coloreando.

Esa cálida galanura helada suavizaba sobremanera el desolado entorno de Kruishoutem.

Como si quisiera darle un toque de color a la desnudez invernal durante las escasas horas de luz solar en los días más cortos del año.

Como si, de esta manera, aquella vida cruda y rodeada de muerte pudiera transformarse de pronto en la vida dulce y floreciente que hubo una vez.

La luz del sol se colaba también a través de las rendijas de las ventanas de la casa de Marieke. El fuego de la chimenea de la cocina seguía manteniéndolo todo bien caldeado desde la noche anterior.

La madera crujía, las llamas danzaban y las ascuas se avivaban, creando un ambiente reconfortante como cuando era un hogar lleno de vida.

Marieke, bien arropada, limpia y con los pies secos, aún dormía.

Había vuelto a hacerlo en su cama.

El mismo colibrí verde que la encandiló la tarde anterior era ahora el que la miraba desde su jaula. Y lo hacía igual de embelesado que lo había hecho ella antes.

Marieke abrió los ojos. Se sentía serena y radiante.

Por fin había pasado una buena noche.

Sonrió al descubrir la jaula del pajarillo y se incorporó. Se sentó en el borde de la cama, con la mirada perdida en el suave aleteo del colibrí.

La calidez del sol que se filtraba acariciaba su rostro, creando un placentero contraste frente a la gélida y desgraciada realidad de los últimos días.

Sus alas se inclinaron y empezaron a agitarse con una gracia particular. Cada aleteo era un susurro, un palpar rápido que sostenía su cuerpecillo en el aire como en una danza mágica.

Parecía que el colibrí le estuviera devolviendo la sonrisa.

— Buenos días, mi pequeño amigo. Te veo muy feliz esta mañana tan soleada. Yo también lo estoy. Has de saber que, por primera vez desde hace mucho tiempo, no siento hambre, ni frío ni tristeza. Además, pequeñín, te tengo a ti y a tu música bien cerca. Esta mañana me siento renovada por la serenidad y la luz que me aportas, a pesar de estar rota de dolor. Gracias por ser mi pequeño faro en la penumbra de estos tiempos inciertos.

Marieke se acercó a su jaula y abrió la puertecilla.

En ese instante, el colibrí salió con un vuelo ligero llenando el aire con sus vibraciones melódicas. El vaivén frenético del pajarillo cortaba el aire con una velocidad asombrosa. Sin barrotes que lo retuvieran, el colibrí comenzó a batir sus alas con mayor intensidad que como lo había hecho antes.

Estas emitían un zumbido extraordinariamente armonioso que impregnaba aquel espacio de una energía excepcional.

Revoloteó sobre la cama de Marieke en círculos, como si quisiera posarse sobre ella. Fascinada, estiró los brazos muy despacio y puso las manos sobre las mantas con las palmas entrelazadas y hacia arriba.

El pajarillo se le posó entre los dedos y a ella le pareció que, agradecido, este agachaba su cabeza a modo de agradecimiento. A Marieke se le despertó una ternura que trascendía su minúsculo tamaño.

Se fijó en sus plumas que parecían pétalos de flores vivas, pintadas a partir de una paleta de colores que desafiaba la imaginación de cualquiera.

Su pico, delicadamente esculpido, se extendía con una elegancia caprichosa.

Sus ojos, diminutas esferas curiosas, reflejaban la aguda inteligencia que seguramente escondía detrás de su aparente fragilidad.

Sus patitas delicadas apenas rozaban las yemas de los dedos de Marieke, como si temiera perturbarla.

— ¿Es ya la hora de partir, mi amigo? — le preguntó Marieke, sintiendo que se le nublaba la vista por las lágrimas y que se le hacía un nudo en la garganta.

Pero esta vez era de profundo desahogo porque el vuelo de aquel colibrí le había llenado, por fin, de paz.

Al mismo tiempo que el colibrí levantaba su vuelo y salía por una rendija, Marieke volvió a colocar sus brazos bajo las mantas y se tumbó.

Poco a poco, fue cerrando los ojos para no volver a abrirlos nunca más.

Se despojó no solo del cuerpo, sino también del tormento y del sufrimiento que le suponía seguir amarrada a este mundo.

Y solo entonces fue cuando su alma pudo volar libre.

Voló hacia un destino en donde sabía que Johan, Joris y Arnoets, sus tres amores, la estarían aguardando para volver a abrazarse y no separarse más.